que los llevéis a vuestro pueblo para que tengan cargo de doctrinares y administren los santos sacramentos. Y respondióme luego qué es vuestra voluntad, porque después no haya otra cosa.» Entonces respondieron ellos: «Bénsamos las manos de tu señoría, porque en lo espiritual te tenemos por señor, y en todo lo haces merced, más díbete que lo que queremos es morir por los frailes de S. Francisco, antes que dejarlos y llevar otros en su lugar.» El obispo, conocido en su semblante que no los sacarían de aquello por alguna vía, volvió a los religiosos que estaban a su lado, les dijo en baja voz, que le parecía no debían de tratar más de aquel negocio, sino disimular, pues de ello no podían sacar honra ni provecho, mas quedarse afrentados, porque a los indios no permitiría el rey que se les hiciera fuerza en aquello. Y que puesto que ellos dijiesen de sí por temor, ya no les podían tener buena sangre. Y también, que doctrina de por fuerza y contra su gusto, no les sería útil sino peligrosa. A los religiosos les pareció bien lo que el obispo decía, el cual volvió a los indios que todavía estaban de rodillas, les dijo: «Levantaos, y quítense esos hierros, y íden con la bendición de Dios a vuestras casas, y allá aguardaréis a los padres, que luego los enviaré tras vosotros.» Ellos volvieron a responder que en ninguna manera querían que fuesen allí. Mas el obispo hizo que no lo oía, y dejólos ir a sus casas. Aquellos padres, por no dejar cosa que no probaran, ni piedras que no moviesen, por ver si aprovecharía, enviaron otro día siguiente uno de sus frailes echadizo, como que pasaba de camino, para ver cómo lo recibirían. Llegado aquel fraile a Guatiquian, como los indios lo vieron, todos se escondieron, que no parecía hombre de ellos, ni hubo quien le abriese la puerta de la iglesia, y así durmió aquella noche en un portal, y hubo de pasar sin cena. Y otro día en amaneciendo, no aguardando a hacer más pruebas, tomó el camino de Tepeaca; donde fué a comer con los frailes de S. Francisco, y contó lo que le había sucedido, y de allí se volvió a dar de ello cuenta a su provincial. Visto por el obispo que no llevaba remedio en que los indios de Guatiquian recibiesen otros ministros sino a los frailes de S. Francisco, escribió al provincial, rogándole mucho que volviese á encargarse de aquel pueblo y darle doctrina, consolando a aquellos pobres indios que habían andado penados y destruidos con harto daño de sus haciendas y casas, que todo lo habían dejado por ahí perdido. El provincial, compadeciéndose de ellos, atento á que ya habían dejado su pretensión a los padres de la otra orden, y él habiendo de su parte cumplido la palabra, fué en persona á consolarios y quietarlos. Cuando los indios lo supieron, no se puede decir el placer y alegría con que lo salieron á recibir, teniendo los caminos barridos, y armados sus arcos triunfales de trecho en trecho, con tantas músicas y danzas y regocijo, que todo el pueblo no se ocupaba en otra cosa. Llegados á la iglesia, el provincial se excusó de la queja que contra él podían tener, diciendo que si los dejaba en poder de otros religiosos, no era por falta de amor y voluntad, sino por la mucha que les tenía, porque tuviesen de asiento ministros que siempre acudiesen á sus necesidades espirituales y temporales, pues que él no los tenía para los dar que estuviesen allí de asiento. Mas pues ellos se contentaban con lo que los frailes de S. Francisco hacían en su ministerio, que esto no les faltaría, ni frailes de asiento cuando se los pudiesen dar. Tras esto les predicó un sermón muy provechoso, como letrado que era y hombre de gran espíritu, y gentil lengua mexicana. De esta manera quedaron los indios de Guatiquian contentísimos á cargo de S. Francisco, visitándolos por algún tiempo del convento de Tepeaca; mas muy en breve el padre Fr. Francisco de Bustamante (siendo electo en provincial) los proveyó de frailes que de contino asistiesen, y desde poco edificaron un graciosino monasterio y después una solemne iglesia, y es ahora de los mas quietos y agradables pueblos de esta Nueva España.

CAPÍTULO LIX.

De lo que pasaron y padecieron los indios naturales de S. Juan Teutxilcan por tener doctrina de los frailes de S. Francisco.

En el pueblo de S. Juan Teutxilcan en el principio de su conversión a la fe, fué doctrinado de los frailes de S. Francisco, como lo fueron todos los demás de esta Nueva España. Después de algunos años, por haber entrado y fundado monasterio una lega de otras religiones de otra orden, tomaron por cercanía la visita de S. Juan, y tuvieron cargo de aquellos indios por algún tiempo. Sucedió en el año de mil y quinientos y cin cuenta y siete, que aquellos religiosos que los tenían á cargo, considerando que aquel pueblo de Teutxilcan era de buena población (porque en aquel tiempo tenía don mil vecinos), y que á ellos les sobraban religiosos para ponerlos allí de asiento, acordaron de edificar también allí monasterio, y
comenzaron a tratar con los indios del mismo pueblo, á los cuales parece que no cuadró esta determinación. Lo uno (según ellos después dijeron), porque temieron la costa y trabajo en que los habían de poner, haciendo grandes edificios; y lo otro, porque también tenían esperanza de alcanzar (andando el tiempo) frailes de S. Francisco. Y como los indios no quisieron venir en ello, por esto y por algunas otras ocasiones que juntamente se debieron de ofrecer, se desanimaron con aquellos religiosos que los tenían á su cargo, y acudieron á un capítulo que los franciscanos celebraban en México en aquel año de cincuenta y siete, y pidieron les diesen frailes que asistiesen en su pueblo. Era esto en tiempo del padre Fr. Francisquito de Mena, comisario general de esta Nueva España, y del padre Fr. Francisco de Bustamante, provincial de esta provincia del Santo Evangelio, el cual los despidió, diciendo que no tenían frailes que darles, y que se contentasen con la buena doctrina de los religiosos que los tenían á su cargo. Mas no obstante esta respuesta, los indios dijeron que no habían de parar hasta que les diesen lo que pedían. Y aunque los frailes de S. Francisco no los querían oir en el caso, no dejaban ellos de solicitar su negoció por todas las vías que podían. Sabido por los padres que los tenían á su cargo lo que aquellos indios anaban procurando, envió luego el provincial de aquella órden dos religiosos para que asistiesen en aquel pueblo. Mas no acudió indio alguno ni indía á verlos, ni á su llamado, más que si nunca los ovieran conocida. Lo cual visto por los padres de aquella órden, dieron noticia de ello al virey y al arzobispo de México, suplicándoles lo mandasen remediar. Fueron á esto, por mandado del virey, el alcalde mayor de Tezcuco, Jorge Cerón, y por el del arzobispo su provisor el licenciado Manjarres; y llegado el alcalde mayor hizo pedazos la vara á uno de los alcaldes de aquel pueblo, y al otro se la quité, y mandó azotar públicamente en la plaza á todos los auxiliares. El provisor por otra parte hizo también azotar á todos los indios de la iglesia, y los tuvieron desnudos y maniatados mientras se dijo una misa; y todo esto se hizo como á rebeldes porque no querían obedecer á sus míntiros. Partidos de allí el provisor y alcalde mayor dejando á los religiosos en posesión del monasterio, ellos mandaron luego pintar en la portería al santo patron de su órden, y otro santo ó santos de la misma órden, como por muestra de estar allí posesionados, y ser aquel su monasterio. Una noche (sin poderse saber quién lo hizo) hallaron borradas las imágenes de los santos. Á la mañana, visto
al virey y audiencia real, diciendo que el pueblo de S. Juan Teutiana

cárcel de corte, porque hasta aquel tiempo no habían entendido muy
claramente que aquellos les eran contrarios, sino que el comun del
pueblo era el que se alborotaba sin las cabezas. El virey dio luego
mandamiento para que Jorge Ceron, alcalde mayor de Teczoco, los

uno de los oidores, hombre muy cristiano, y por su bondad amado
comunmente de los indios. Llevó consigo hasta diez españoles, y
por otra parte fué el alcalde mayor de Teczoco con algunos hom-
bres. Al doctor Zorita salió á recibirlos legos poco menos de allí
el cacique del pueblo D. Francisco Verdugo, señor natural, con
todos los indios, hombres y mujeres. Dieronles unas rosas, y en
ellas unas hojas colgadas que reflejaban como oro. Y no faltó
quien dijo que le habían dado rosas de oro para cohecharle, y que
así no había justicia. El virey lo supo, y envió las rosas á los re-
ligiosos para que vieran lo que era. Llegado al pueblo hizo juntar
todos los indios, y hallando por la información que tomó, ser el
pleito de Fuenteovejuna, y que no había que culpar más á unos que
á otros, por solo que no dijese había ido en balde, hizo pren-
der hasta sesenta indios, y de estos mandó echar en obras los
veinte para que sirvieran seis meses en encarcelamiento y aviso de
los otros, y á los cuarenta mandó soltar, y con esto se volvió á
México. Partido de allí el oidor, parecióles á aquellos religiosos
que el mejor camino era astraer á los indios por medio y persuasión
de los de la orden de S. Francisco, y entre otros que llevaron para
este efecto fué uno el guardián de Otumba, Fr. Juan de Romano-
nes, á quien los indios tenían grande amor y respeto, por ser varón
santo, y saber escogidamente su lengua. Este les predicó muy á su
contento, hasta que llegó al punto de persuadirles que se sospegasen
y quietasen, mostrándose agradecidos á la merced que Dios les ha-
cía en darles por ministros á aquellos padres que tenían cargo de los
doctrinar, y no curasen de pretender otra cosa, porque no la habían
de alcanzar. Á estas palabras luego se alborotaron, y alzaron todos
un alarido de manera que no le dejaron pasar adelante, y así se hubo
de bajar del pulpite. Subióse luego en el uno de los dos que resi-
dían en aquel monasterio, para decírselos porque no oían la pra-
dicación de aquel tan venerable padre y callaban á lo que decía.
Y comenzándose á hablar, dijéronle cara grita y dijéronle tautos
denuestos, que no pudo ser oído, y así los hubieron de dejar. Y por
mucho que algunos religiosos los jurarán en el se acontecieron y
importunaron que recibiesen con contento á aquellos padres, nunca
aprovechó. Visto, pues, por ellos que los indios perseveraban en
su porfía, suplicaron al virey mandarse prender al cacique D. Fran-
isco, y á los mas principales de ellos, y los llevaran México á la
CAPÍTULO LX.

De lo que padecieron los indios del pueblo de Tehuacán, por no poder la doctrina de los frailes de S. Francisco.

El pueblo de Tehuacán (como arriba en este tercero libro se hizo mención) fué de los segundos donde poblaron los doce primeros evangelizadores, por la buena comarca que tenía de otras muchas provincias que cien algo lejos de México. Y como en aquel tiempo que poblaron no tenían ojo sino solo a la conversión de las ánimas, edificaron su monasterio en el mismo lugar á do los señores y mas principales residían, sin advertir que aquel sitio era pestífero de muy caliente y húmedo, por estar en lugar bajo y en abrigo de unos grandes cerros que no dan lugar á correr algún aire saludable, á cuya causa era aquella habitación muy enferma, y en ella apenas se criaban niños, que luego se morían los mas de ellos. Esto se echó de ver despues andando el tiempo, muy claramente, porque no iba fraile á morar á aquella casa que luego no cayese enfermo, y lo mismo experimentaban en los indios de aquel sitio, que á mucha prisa iban en diminución, en especial por no se criar los niños chiquitos.

A esta causa los religiosos pasurieron á los principales que se mudasen á otro sitio que con mucho cuidado eligieran en lugar templadio, atosco y de buena tierra, donde se hacen las mejores uvas, granadas y membrillos dulces que hay en esta Nueva España, y muchos melones. Á los principales, convinieron de la sobredita razón que para ello había, les pareció muy bien, y lo aceptaron de palabra, sin alguna contradición, y tomaron sus solares; mas venidos al efecto de pasar á ellos, como estaban hechos á sus casas antiguas y los indios de su natural son tardíos y fríos, y mucho mas los de tierra caliente, y por otra parte jamas la falta ocupación en servicio de españoles, nunca acababan de menarse, sino que de hoy á mañana lo iban dilatando, cumpliendo con los frailes de sola palabra, y en esto se pasaron algunos años. Ofreciéronse en el de mil y quinientos y sesenta y ochos (siendo provincial el padre Fr. Miguel Navarro), que fué necesario desamparar algunos monasterios, porque en aquel tiempo, mas que en otro, hubo mucha falta de frailes, por no haber venido en aquellaason (como solían) de España, y acá eran pocos los que tomaban el hábito, tanto que...